I

La vocación de escribir

CUANDO nos hicimos amigos, allá por 1970, eras una persona desconocida no ya en Soria, a donde llegaste entonces desde Italia, sino en toda España. Tampoco, que yo recuerde, nadabas en oro aunque, como todo adulto, a mí —todavía un chaval— pudiera parecérmelo. Por esos años, o incluso algunos después, has dejado escrito que vivías con menos de quince mil pesetas al mes. A pesar de eso, o precisamente por eso, yo te recuerdo como una persona inquieta, interesada por mil y una culturas y religiones, que todo lo leías, todo lo mirabas, todo lo escuchabas expectante. Una persona llena de vitalidad…

Estuve vivo, y bien vivo, hasta el otoño de 1979. Fue entonces cuando concedieron el Premio Nacional de Literatura en su modalidad de ensayo a *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*. Las ventas se dispararon y el éxito (*puah,* y otra vez *puah*) hizo acto de presencia en mi vida. Ya nunca volví a ser el mismo. Carecía de anticuerpos para expulsar de mi entorno los virus de la popularidad, una dolencia mucho más grave que el sida.

Todo bicho viviente se creyó con derecho a interpelarme, a insultarme… Yo, bisoño e ingenuo, entraba a todos los trapos. Perdí el invisible hilo de Ariadna que conduce al centro de la felicidad. Mi vida se fue al garete. Dejé de ser yo o, por lo menos, dejé de ser el que hasta entonces había sido. ¿Alguno de ustedes sabe lo que significa perder la identidad? Es algo que no le deseo a nadie. Mi casa se convirtió en la rosa de los vientos: un lugar de paso hacia ninguna parte. Mi familia parecía un islote del Caribe azotado por un huracán. Mis amigos desaparecieron. Millones de enemigos surgieron por todos lados. La prosperidad devastó mi economía, que hasta entonces había sido de simple subsistencia. Puse un contestador telefónico en estricta defensa propia, me compré unas gafas de ciego y pensé en achinarme los ojos y en teñirme la cabellera de color zanahoria. Eran aspavientos inútiles, y los arrinconé. Intenté refugiarme en el silencio, en la antipatía, en el gesto adusto, en la distancia. Imposible. Entonces decidí suicidarme y gané el Planeta. Ahora, para colmo, he rematado en las tablas del satanismo catódico aquella faena, aquella tentativa de liberación. Vale decir, he regresado con armas, bagajes, lecturas y corbatas a la tele, lo que significa que ya no existo, que soy un fantoche, un monicaco, un espantapájaros, un muñeco de pimpampum. ¿Cómo volver a cruzar, sólo que en sentido inverso, el río del olvido? ¿Y si me quedase de por vida en el Serengueti?

No puedo más. Casi todo está consumado. Me obsesiona, en estos días, en estos parajes, el recuerdo y el ejemplo de Rimbaud. Pero la contracultura de los ordenado-

res no nos permite ya ni siquiera esa última vía de escape: la de la desaparición.

Sí… A veces a mí también me gustaría, como escribe la poetisa Danielle Sarréra, estar ausente en el colmo de la ausencia.

En algún lugar, no recuerdo ahora mismo si incluso dentro de este libro, asumes tu carácter contradictorio. Viene esto a cuento a propósito de cuanto dices sobre el arte o la vocación del escritor, pues más de una vez te he oído decir, con el Tao, que los que hablan no saben, los que saben no hablan. *Y, sin embargo, tú crees saber, o al menos eso parece, cuando das consejos, etc. Escribir, se decía antaño, es llorar (al menos en España). Pero a ti no te ha ido tan mal…*

Ser escritor sólo tiene una ventaja (perdida en un laberinto de inconvenientes): mandas en ti, en tu horario y en tu calendario. A nadie debes obediencia ni temor reverencial. Puedes rellenar mil folios o ninguno sobre casi todo o sobre casi nada, y lo puedes hacer en tu despacho, en el café, en la cima del Aconcagua, bajo un cocotero del Caribe, desde una trinchera de Sarajevo o con una *garota* brasileira sobre tus rodillas. Libertad de tiempo, libertad de tema, libertad de espacio. El mejor *ex libris* que conozco es el que se inspira en un título de Valle-Inclán: *¡Viva mi dueño!* Dentro del mundo del trabajo casi nadie puede ni quiere lanzar este grito que, sin embargo, está al alcance de cualquier escritor, sean cuales sean sus luces, sus alcances, su fama, sus deberes y sus haberes.

Salvo la excepción de tu novela El Dorado*, tu carrera literaria es de floración tardía.*[1] *Cuando aparece* Gárgoris y Habidis*, habías cumplido los cuarenta. Desde entonces has tocado diversos géneros: la novela, el ensayo, la confesión personal… Últimamente, sin embargo, no te recatas al proclamar tu hartazgo o decepción sobre ese género, la novela, que fue tu primer amor literario pero que consideras ya superado. Una crítica habitual sobre tu obra es la acusación de centrarte casi exclusivamente sobre tu propia persona.*

Escribía Borges: «a veces, en las tardes, una cara / se divisa en el fondo de un espejo / El arte debe ser como ese espejo / que nos devuelve nuestra propia cara».

No hay que ser muy espabilado para llegar a la obvia conclusión de que todo en la vida y en la obra de un escritor es material autobiográfico en cueros o reconvertido en traje de lagarterana para no infundir sospechas. Unos, más pudorosos y recoletos, eligen el antifaz; otros, con descaro e insolencia, lo arrojan. Cuestión de carácter y de estilo, ciertamente, pero también de dones y de dotes. Novelistas hay a quienes resulta tan sencillo inventar a partir de cero como respirar en la falda de un monte cubierto de pinos, mientras otros —entre los que me incluyo— prefieren *construir* sus novelas alrededor de algo, como una especie de valor añadido, y con la técnica de la ostra al fabricar su perla. De ahí que las venturas, aventuras y desventuras de *mi* vida sean tan necesarias para *mi*

1. Me corrige: «Vocación temprana y maduración tardía».

obra como lo son los cementerios marinos para el coral y las alas para los albatros. Y a tal punto llega mi militancia en esta tribu salvaje del autobiografismo literario que incluso, a riesgo de que me abucheen, suscribo en público la afirmación de Norman Mailer según la cual todos los hombres de pluma tienen el deber de alimentar y desarrollar sus encantos corporales. Sin rebozo alguno dice este autor: «los escritores con gracia física tienden a escribir mejor que los feos, los casposos, los desmañados y los torpes. Ésa es mi impresión. No me pidan que intente demostrarlo».

Y no es, que conste, una hipótesis descabellada desde el punto de vista genérico: de padres guapos suelen salir hijos guapos, aunque por suerte para los feos, menudeen las excepciones.

Y si alguien se pica, que se aplique el cuento.

Decenas, cuando no cientos, de veces te habrán hecho la manida pregunta ¿por qué escribes? André Breton —ya sé que no es santo de tu devoción— decía a veces que por el placer de comprometerme*, y otras que lo hacía, sobre todo, para conocer gente afín…*

¿Por qué se escribe?, le preguntaron en cierta ocasión a Aldous Huxley. Y dijo aquel maestro: «Escribe, ante todo, quien tiene la necesidad de ordenar los hechos que observa y darle un significado a la vida, pero de nada sirve lo uno y lo otro si a la vez no va acompañado por el amor a las palabras en sí y por el irrefrenable deseo de jugar con ellas».

Huxley pone el dedo en la llaga de la línea divisoria entre el *literato* y el *plumífero*, dos aves de pluma que nada tienen en común. Y yo, leyendo a otros escritores (pertenecientes, por lo general, al caldo de borrajas de la ya vieja *nueva narrativa española*) no puedo por menos de quedarme literalmente sobrecogido ante la desidia verbal de lo que se me cuela por los ojos sin llegar nunca a las meninges. Comprendo que un escritor diga bobadas, aburra, irrite, divague o exaspere. Comprendo, incluso, que escriba mal (y ya es ser comprensivo), porque el caletre, la imaginación y el talento no den más de sí. Pero lo que me resulta imposible no ya entender, sino perdonar, es que el autor de la fechoría obre así por no caer en la cuenta de que la *escritura* pasa a ser *literatura* sólo en la medida en que alguien —el escritor— elige, arrincona, une, divorcia, ordena y desordena las palabras según un determinado criterio. Todo lo demás es verborrea y verborragia, vaniloquio, charlatanería, algarabía y *palabrería…* Palabrería, sí: justo lo contrario de la palabra o Verbo Creador.

¿Quién no conoce el furioso aserto de Valéry? *Llamo superstición* —exclamó mirando en torno a él con ira— *a todo lo que sea olvidar la condición puramente verbal de la literatura.*

Treinta y nueve veces redactó Hemingway la última página de *Adiós a las armas*, y cuando un periodista tan obvio como impertinente le preguntó por los motivos de este atasco, don Ernesto se limitó a responder: *encontrar las palabras correctas, eso fue todo.*

Y, sin embargo, no se aplican el cuento.

¿Crees que existe la vocación literaria? O, para ser más claro, ¿crees sinceramente que pueden existir tantas vocaciones literarias reales *en el panorama narrativo de nuestros días? ¿O es que hay mucho oportunista?*

Cuando alguien, y es episodio frecuente, me aborda para decirme que le gustaría ser escritor, pero que no está seguro de poder serlo, y me pide un dictamen o una receta, suelo preguntarle con un deje faulkneriano a quien así me interpela si se considera capaz de vender a su madre en pliegos de celulosa y letras de molde, y añado después a quemarropa la ardua cuestión de si, además, empezaría a escribir o seguiría escribiendo caso de encontrarse para el resto de sus días a bordo de una isla desierta.

Quien opte por el *no* en tal dilema puede estar seguro de que ni Dios ni el diablo lo llaman por el camino de las letras. Sólo es para mí *escritor* quien escribe *siempre* a solas, animado por la voluntad de construir un país de las maravillas y un mundo del espejo imaginarios para su solaz y no para que de rondón, y por cuatro perras chicas, se cuelen en sus alhambras los lectores, esos gentiles intrusos. La literatura termina en el borde de la máquina de escribir y todo lo demás es silencio, en el mejor de los casos, o espantoso y estruendoso barullo cuando el libro tiene la desgracia de aparecer en la vida del autor y de conocer ese apocalipsis que se llama éxito. Sobre todo hoy y ahora, después de Gutemberg y en días como éstos, cuando los engranajes de la *industria* ahogan con sus chirridos la música callada del *milagro.*

Y perdóname la vehemencia, pero tanto horror me inspira la metamorfosis de la literatura en negocio que quizá, a causa de éste, acabe renunciando a lo que siempre quise conservar: mi condición de escritor.

Brinda, poeta, un canto de frontera / a la muerte, al silencio y al olvido, decía don Antonio Machado por boca de *Abel Martín.*

Y Gil-Albert: *solo, como don Quijote, pero no aislado, como Robinson.*

Y Cesare Pavese: *verrá la morte e avrá i tui occhi.*

En ello andamos.

Más de una vez te he oído decir que el periodismo, en realidad, no tiene nada que ver con la información ni con la verdad sino que, en todo caso, es un género literario…

Desde hace mucho tiempo me honro en pertenecer al plácido y asilvestrado grupo de quienes creen que la *información* (o el *exceso de información*, tal y como ésta se entiende y se practica en el mundo de hoy) es incompatible con la *sabiduría*, o casi, y me cuento también con quienes sospechan que el noventa y nueve por ciento de los datos, rumores y noticias recogidos y difundidos por la prensa, la radio y la televisión son, sencillamente, falsos.

Y ello no porque los periodistas mientan (o mintamos) adrede, aunque alguno hay que así lo hace, sino porque las reglas intrínsecas y extrínsecas del juego informativo impiden decir la verdad.

Escribir, para ti, ¿es oficio, vocación, arte, industria, milagro…?

Se escribe —o yo, al menos, así lo hago. Sé de muchos colegas, casi todos, que me llevarían la contraria— no para alcanzar ni sumar lectores, sino por vocación, por carácter, por destino, por imperativo kármico o, sencillamente, como diría el mayor de mis nietos, porque *é cosí*. Y eso vale, en mi opinión, para todos los escritores que lo sean de verdad (hay muchos, sobre todo ahora, en las últimas hornadas, que no lo son), así estén confinados de por vida en una isla desierta, en la caldera de un volcán o en el claustro de la Trapa.

Me corrijo. Lo problemático, pues, no radica en el acto de escribir, sino en el de publicar. ¿Para qué sirve eso, qué sentido tiene, adónde nos lleva el esfuerzo, la ilusión y el gesto de la letra impresa campo a través de un país —o, quizá, de un mundo. Ya todo es lo mismo— en el que los lectores empiezan a ser tan raros como los unicornios, las trufas, los linces y las personas decentes?

Lo sé, lo sé… Cabe publicar, implicándose así en un viaje que no conduce a ningún sitio, sólo por el dinero (que rara vez llegará), por afán de prestigio (que casi nunca se alcanzará), para darte pote (allá él quien apueste por eso. El culatazo de la vanidad siempre pasa factura), para ligar con chicas o con chicos (la literatura es un buen reclamo, lo reconozco, pero hay sistemas más eficaces), para recorrer el mundo de gorra dando conferencias (bonito coñazo, menuda tabarra), para que hablen de uno en la prensa, aunque sea bien (lo que en muy contadas ocasio-

nes sucederá), o para cumplir con los requisitos de ese precepto, demagógico y populachero donde los haya, además de santurrón (parece una consigna de propaganda institucional), que nos exhorta a tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro, se supone que con la intención de publicarlo haya o no haya editor, antes de estirar la pata.

Sí, cabe hacerlo, pero yo no se lo aconsejaría a nadie. Entre las letras de molde y la plenitud de la existencia hay, grosso modo, la misma relación que entre la búsqueda de la felicidad y la compra de un coche nuevo. Dejémoslo, pues, ahí y así: ¿escribir? De acuerdo, pero sólo cuando lo pida el alma. ¿Publicar? Depende.

No soy capaz de responder a esa pregunta. Mañana negaré lo que hoy afirmo y hoy, posiblemente, negaría lo que mañana afirmase. ¿Titubeos de escritor —de todos los escritores… No hay oficio más tambaleante, por definición, que el de la literatura. Consiste éste en halar cubos de carbón por el brocal de un pozo negro— o incertidumbre propia de quien, como yo, vino al mundo bajo el signo de Libra y busca siempre, sin jamás alcanzarlo ni, menos aún, quedarse ahí, el fiel de la balanza?

Más interrogantes sin respuesta y, por ello, más divagaciones y cabezadas. Soy el asno de Buridán.

También por eso se te critica, por tus contradicciones. ¿Las aceptas, las reivindicas, las asumes? ¿No es todo en la vida, cambio, al fin y al cabo? ¿No es el principio de contradicción el origen del pensamiento? ¿El pensamiento tiene que ser dialéctico?

Reclamaba Graham Greene —que nació el mismo día en que yo lo hice, aunque de otro año, y eso es causalidad, no casualidad, que siempre genera afinidades— el humanísimo derecho, no reconocido aún por la ONU ni recogido en nuestra Carta Magna, a la contradicción. Que ésta, una vez más, me valga. Hombre soy, y sin ella, que es la pólvora, el gatillo y la espoleta de la curiosidad cognoscitiva, no habría llegado a serlo. Los minerales, los vegetales y los animales jamás se contradicen. A mi edad, y en noche de luna y lobos, el único dinamismo posible es el de la inercia (no el de la abulia, que funciona *a contrariis* y de otro modo). *Laissez faire*, sí, y —más aún— *laissez passer.* No oponerse a nada. No luchar, no ganar, no perseguir, no conseguir. Carecer de objetivos. Fluir. Vivir por vivir. Hacer por hacer. Viajar sin meta. Lo soy cada vez más, nada me convence tanto. La acción genera siempre una reacción —lo que equivale a autodestruirse— y conduce, por ello, al despropósito, al sufrimiento, al desorden y a la entropía. La inacción, en cambio, permite que la naturaleza —esto es: el *anima mundi*. No conozco ni reconozco otro dios— siga su curso y desemboque en el mar de la Perfección. Éste, y ningún otro, es el camino —la red hidrográfica— de la felicidad y la sabiduría. Lo reconoció y roturó, incluso, Jesús en el más budista, más taoísta, más pagano y menos cristiano de sus sermones: el de la Montaña. Si ésta no viene a mí, jamás iré yo a ella. Eso nos dice el Tao. Que entienda quien deba entender.

Vuelvo siempre a lo mismo, a la sentencia del filósofo presocrático, a la frase más inteligente, audaz, honda, alta,

ancha e intensa, sin por ello dejar de ser extensa, que la boca humana ha pronunciado: «Nada importa nada». Amén.

Pero hay, además, aparte de la inercia y del fluir del Tao, otra razón —poderosa, en mi caso— que me mueve a consentir en publicar.

Mi obra literaria, buena o mala que sea, se declina en singular. Es unitaria, homogénea, compacta e indivisible. Escribo incesantemente el mismo libro —un Libro de Libros—, lo que equivale a decir que todas las rúbricas existentes en mi bibliografía son patas de un mismo banco, radios de una misma circunferencia, gajos de una misma naranja. De ahí, entre otras secuelas merecedoras o no de censura, la costumbre, muy arraigada en mí, de la autocita, que tan mala prensa tiene —no sé por qué— en determinados círculos de escritores con la naricilla arrugada y que tanto irrita a los críticos, esos parásitos. Instalar puntos de conexión, redes de tuberías, galerías subterráneas, alcantarillado, andenes de transporte y estaciones de enlace en el interior de la propia obra no sólo es, a mi juicio, lo normal, lo lógico, lo razonable, sino que me parece también deseable e, incluso, indispensable. Una miaja de coherencia, ¿no? Y, si es posible, de solidez en el andamiaje, de aplomo en las estructuras, de firmeza en los cimientos. Como lector agradezco la autocita, y como escritor, la practico y la reivindico. Todos y cada uno de mis libros (con la excepción de *El Dorado*, que fue un islote perdido en el agitado piélago de la juventud y que, aun así, y pese a la sideral distancia —no sólo cronológica— que lo separaba y lo sigue separando de mi posterior tierra firme, anticipa muchas de las ideas, actitu-

des, planteamientos y sentimientos patentes y vigentes en *Gárgoris y Habidis*) remiten, de hecho, una y otra vez a todos y cada uno de mis libros. Funcionan éstos, en ocasiones, como esferas concéntricas o, cuando el trapío del empeño es de menor cuantía, como anillos eslabonados. *Omnia in unum.* En la *Historia mágica de España* se originó mi interés por el cristianismo, que fue cada vez a más, a mucho más, hasta convertirse en algo parecido a una obsesión, y que con el correr del tiempo me indujo a escribir una novela (*La prueba del laberinto*), una especie de *baedeker* esotérico de las rutas jacobeas (*Historia mágica del Camino de Santiago*) para uso de peregrinos, no de turistas, y un ensayo con hechuras de libelo (*Carta de Jesús al Papa*), lo que no significa que ese ciclo —vale, vale… Llamémosle, para entendernos, así— esté ya en vía muerta. Al contrario. Falta, ay de mí y de mis lectores, lo más importante o, cuando menos, lo más contundente y voluminoso: el novelón que llevo casi cuatro lustros anunciando y que, si todo va bien, o incluso yendo relativamente mal, llegará a las librerías dentro de unos años.

Otro de los anillos eslabonados sería el que se forjó y templó en mis continuos y cada vez más adictivos viajes por Oriente, que no sólo no han terminado, sino que, incluso, se han intensificado y que seguirán —sospecho— hasta que las piernas digan basta. No quiero ni puedo vivir sin ellos. Pespuntéanse con ese hilo —cuyo cabo inicial fue el episodio de la danza del sol en Benarés, allá por las postrimerías del invierno de 1967, que está contado y requetecontado en varios de mis libros—, todas las obras citadas aquí, menos la primera, y además, y con

mayor ahínco, si cabe, la novela titulada *El camino del corazón*, que es, entre las mías, la que menos me disgusta y la que, al parecer, más agrada al respetable.

Sí, es una opinión bastante difundida entre tus lectores. Hay en ella un poco de todo, y además se lee bien. Tiene el aire de Oriente…

Y fue, por añadidura, Oriente, siempre Oriente, a partir del maretazo recibido en Benarés, lo que alumbró en mí el interés por lo invisible —es decir: por todo lo que en el espejismo de *maya* según los hindúes, o el velo de Isis, según las tradiciones ocultistas y teosóficas, nos esconde—, y de ese interés surgió, por una parte, el primer y hasta ahora único volumen de mis memorias espirituales, genéricamente tituladas *Mis encuentros con lo invisible*, y, por otra, la firme convicción de que mi padre, asesinado por los falangistas en Burgos al comienzo de la guerra civil, sigue vivo, y bien vivo, en algún lugar del macrocosmos. Esa convicción está presente, muy presente, aunque manifestada al sesgo, en la novela de aprendizaje *Las fuentes del Nilo*, donde evoco mi infancia, mi adolescencia y mi primerísima juventud, y el punto de origen del ensayo narrativo y reflexivo sobre el cainismo de las Españas, y sobre mi peripecia personal de españolito por ellas hostigado y desgarrado, que llegó a puerto bajo el nombre de *Muertes paralelas…*

Desde Oriente y por Oriente, ya lo he dicho, llegué a la España Mágica (aborrezco hoy ese adjetivo, manoseado

hasta la náusea, el tuétano y la consunción por los mercachifles del hipermercado espiritual de la Nueva Era), desde la España Mágica llegué al cristianismo, desde el cristianismo —previo paso por el priscilianismo— llegué al gnosticismo, desde el gnosticismo llegué al paganismo y fue, en parte, la fascinación despertada en mí por éste —tan budista, tan taoísta— lo que me llevó a iniciar otro ciclo, breve, todavía inconcluso e inspirado por la vieja fórmula y eterna búsqueda de la *mens sana in corpore sano*: el que algún día formarán *El sendero de la mano izquierda*, ya publicado, que es una *ars vivendi* por cuyos ciento ochenta y un mandamientos no coercitivos fluyen, aparte de mi experiencia personal, las corrientes menores —estoicismo, epicureismo— de la filosofía griega y los serenos, caudalosos y majestuosos cursos de las religiones orientales, *El elixir de la eterna juventud* —aquí el *corpore sano.* Estoy en ello— y, por último, cuando ya la Parca me pise los talones, un *arte de morir* al que, en principio, llamaré, con la venia de Juan Ramón, *Y se quedaron los pájaros cantando.*

Ambos estamos metidos de hoz y coz en el mundo del libro, para bien o para mal. Tú por las razones de todos conocidas. Yo, porque prácticamente me crié en una librería, he sido editor en provincias y aún hoy día sigo trabajando para una editorial, sin olvidar mis catorce libros publicados… Aunque, a diferencia de ti, he ido adaptándome a las nuevas tecnologías, llámense ordenador, internet, multimedia, sigo como tú apegado al buen y viejo volumen encuadernado, aunque haya perdido buena parte del fetichis-

mo por las primeras ediciones y el libro antiguo. Y temo por su salud…

Un libro se manosea y se impregna del humor y de los humores de su propietario, un libro se lee en cualquier parte y en cualquier postura, un libro no necesita de enchufes ni de pilas ni de técnicos que lo revisen, un libro se subraya, se anota, se deja en la mesilla de noche, se dobla, se forra, se desencuaderna, se quema… En una palabra: un libro es un ser vivo que forma simbiosis con quien lo lee. Dos terceras partes de mis lecturas han transcurrido en desvencijados autobuses vietnamitas, en oasis del Sáhara o de cualquier otro desierto, en las últimas filas de las aulas escolares o universitarias, en el tálamo, en posición decúbito supina, en la extinta cárcel de Carabanchel, en las playas, en la peluquería, en la antesala del dentista o, simplemente, en el metro. Jamás en mi vida he salido de casa, me dirigiera hacia donde me dirigiera, sin llevar por lo menos un libro (y, a menudo, varios) repartidos entre los bolsillos, las mariconeras y los huecos de las axilas.

Todo ese mundo —que es el mío, no tengo otro— está, dicen, a punto de desaparecer. Cuando eso suceda (si es que de verdad sucede), cuando desparezca el libro tal y como hoy, todavía, lo entendemos, yo cambiaré de oficio, y a otra cosa.

De ese modo, mi literatura regresará al lugar del que nunca debería haber salido: el silencio.

Sí, como escribía el cisne de Avon: El resto es silencio…